

CARTA A JAVIER DE HOZ

Jürgen Untermann

Mi querido Javier:

Nuestros comunes amigos, organizadores de este homenaje, me han encargado que contribuya a él con la honorífica tarea de redactar unas palabras a modo de prólogo, que aprovecharé para manifestarte mi profunda gratitud por cuatro decenios de amistad, extensiva con igual cordialidad a mi mujer Bertha y a tus María *Paces*, esposa e hija. En reiteradas ocasiones pudimos recibirnos en nuestra casa de Brauweiler y no menos frecuentemente fuimos bienvenidos como huéspedes en Salamanca y en “La Chopera”: inolvidable aquel día de verano de 1981 que pasamos junto con nuestro hijo Peter en la magnífica finca de Figueiras rodeados por la gran familia García y Bellido.

Nuestra colaboración científica comenzó en los años sesenta. No recuerdo la fecha exacta, pero sí tengo una imagen muy viva de un joven profesor de Hoz visitándome en el Instituto Arqueológico Alemán de Madrid. Me habías mostrado los dibujos —¿o eran fotos?— de unos antiquísimos signos sobre cerámica procedentes de Huelva y me pareció que quedaste un tanto desilusionado al no estar yo plenamente de acuerdo con tu idea de que pudiera tratarse de los primeros testimonios de las escrituras paleohispánicas. De todos modos, estos pocos y pequeñísimos documentos, mencionados por primera vez en un artículo de 1969 y detenidamente comentados en tu contribución al primer *Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas*, celebrado en 1974 en Salamanca, fueron el primer impulso para una investigación fundamentada y exhaustiva sobre las escrituras indígenas de la Península. En particular me impresiona y me convence tu argumentación sobre la cuna del signario levantino: no en el norte de su zona de empleo, sino en estrecho contacto con las escrituras meridional y greco-ibérica, es decir en territorio bastetano y contestano. En conjunto, te debemos un inestimable tratamiento de todos los aspectos de la historia de la escritura ibérica y de su prehistoria

fenicia y griega. Si he contado bien, son 35 publicaciones las que has dedicado a este tema: una de las más importantes la recibí como precioso regalo tuyo en mi *Festschrift* de 1993, por el que, aprovechando esta oportunidad, te reitero mi sincero agradecimiento.

Igualmente muy digna de atención y aceptación es tu hipótesis de que el ibérico no era un idioma hablado en todas las regiones en donde están documentadas inscripciones en esa lengua. Es mérito tuyo haber demostrado que se empleó por escrito no sólo en áreas en las que se hablaban distintos dialectos de lo que podemos describir como lengua ibérica, comprobable a través de la antroponimia y de la toponimia, sino también en regiones en las que se empleaban idiomas no ibéricos como puede suponerse sobre todo para la zona comprendida entre la Cataluña septentrional y la *Gallia Narbonensis*. Para todas las manifestaciones escritas en una misma lengua que cubren con una cierta uniformidad grandes áreas, caso de la Hispania ibérica, la Galia antigua, la Francia moderna o la Alemania actual, resulta inevitable sospechar, o más aún, se hace necesario deducir que son empleadas por hablantes de distintos dialectos —en Alemania, los de Baviera y los de Turingia— o incluso de lenguas distintas —en Alemania, el Alto Alemán y el Bajo Alemán; en Francia, tanto el Francés estándar, como la Langue d’Oc, el Bretón o el Alemán en Alsacia-Lorena—. Por lo tanto, no cabe duda de que la epigrafía ibérica, con su homogénea distribución entre Ensérune y Andalucía, no pudo ser producida por hablantes de una sola lengua uniforme, sino que hay que presumir al menos dos situaciones. Por un lado hay que contar con hablantes de un idioma o dialecto distinto —aunque a veces no muy distinto como, por ejemplo, en la zona entre el Ebro, el Segre y los Pirineos, donde fueron reclutados los soldados de la *turma Salluitana*—, que adoptaron la escritura de sus vecinos ibéricos y posiblemente también su lengua a modo de idioma culto que emplearían junto a sus dialectos originales. Y, por otro lado, hay que contar también con personas de lengua materna ibérica como los mercaderes que, por razones profesionales, se asentaron en centros de comercio interregional, como lo eran El Puig de Sant Adreu cerca de Ullastret, la ciudad greco-ibérica de Ampurias, Péch-Maho cerca de Sigean y el *oppidum* de Ensérune. En todos estos lugares han salido a la luz largos textos sobre láminas de plomo, todos concebidos en la lengua ibérica “clásica”, que obedecen perfectamente a las reglas gráficas, gramáticas y léxicos que se observan en las inscripciones del mismo tipo halladas en la región valenciana, que, en mi opinión, resulta imposible que fueran obra de personas que hubieran aprendido la lengua ibérica como lengua extranjera junto a su idioma materno galo o de cualquier otra índole. Precisamente para describir este tipo de situaciones acuñaste los términos “vehicular” y su contrario “vernáculo”, idóneos para dar cuenta de la aparente uniformidad de la epigrafía ibérica.

Finalmente, no quiero pasar por alto un tema que hace recordar la “*lex Schmoll*”, a la que te referías en tu contribución para mi volumen de homenaje antes mencionada: “si los dos pensasen exactamente lo mismo, uno de ellos sobraría”. Me refiero a una controversia en la que yo sería el único superfluo, pues defendiendo un punto de vista que nadie comparte conmigo, al menos ninguna de las grandes autoridades de la investigación paleohispánica. Sin embargo no me veo en disposición de desistir de mi obstinada convicción, mil veces repetida desde hace 50 años, de que todos los idiomas indoeuropeos atestiguados en la Península a través de inscripciones, topónimos, teónimos y antropónimos pertenecen a la familia celta, aunque con dialectos regionales diferenciados, entre los cuales los mejor individualizados son el lusitano-galaico, que conserva la *p* indoeuropea, y el celtibérico, que la pierde tal y como sucede en la gran mayoría de las lenguas celtas. Ahora me toca a mí sentirme un poco desilusionado: en varios lugares, sobre todo en un trabajo sobre *Aviliobris*, has detectado abundantes huellas de la presencia de lenguas celtas en Galicia y en el norte de Lusitania, confirmadas por numerosos testimonios; pese a ello, con firmeza inexorable te has mantenido fiel a la conclusión de que una lengua indoeuropea que conserve la consonante *p* no puede ser celta.

Sea como fuere, este mínimo fonema malévolo carece de fuerza para romper una vieja y profunda amistad. Ya sabemos que un desacuerdo permanente puede garantizar un vínculo constante entre compañeros que se respeten y aprecien el uno al otro y creo que nosotros, tú y yo, somos compañeros que cumplen tales exigencias. Deseándote una vida larga de jubilado llena de salud, de trabajo fructuoso y de agradable descanso me despido con un cordial abrazo.¹

Jürgen.

¹ Agradezco a F. Beltrán Lloris y C. Jordán Cólera la revisión del texto en español.